

Callejón del Gato Cervantes en *Las Españas*

José Ramón Enríquez

Tras el Desastre de Annual y la pérdida de Cuba, la Generación del 98 vuelve la mirada a Miguel de Cervantes, entre otras cosas, porque era el magnífico perdedor de todas las batallas, excepto aquella que habría de elevar a la categoría de épica, la de Lepanto: “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros”, como hiperboliza en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*. Para la historiografía contemporánea, tampoco fue tan importante ni tan decisiva para nadie. Sin embargo, sí la única victoria bélica en que Cervantes supuestamente participara.

Ya Bruce Swansey se ha dedicado a analizar los genes de Cervantes en Ramón del Valle-Inclán, ese otro manco que da nombre a una columna como esta que, desde la misma perspectiva especular del Callejón del Gato, podría llamarse La Cueva de Montesinos, también El Patio de Monipodio o, inclusive, La Cueva de Salamanca para entroncar entonces con la nigromancia del Marqués de Villena y la mirada insuperable de nuestro Ruiz de Alarcón.

Azorín, *Con permiso de los cervantistas* o sin él, hizo suyo tanto al autor del *Quijote* como a su criatura con esos fogonzos de textos breves tan alejados de lo académico y tan cercanos a su propio estilo forjado desde sus inimitables vanguardismos de los años veinte.

Pero el que se metió no sólo entre los más profundos entresijos del hidalgo manchego sino que se revistió de su propia piel fue Unamuno. Sí, el que vivía con los brazos en cruz entre *El sentimiento trágico de la vida* y *El Cristo de Velázquez*. De su *Vida de Don Quijote y Sancho* dice José María Gallegos Rocafull: “Allá, por el año 1905, cuando se cumplían los tres siglos



de la aparición de la primera parte de *Don Quijote*, publicó Don Miguel de Unamuno su *Vida de Don Quijote y Sancho*. En ella, poniendo el dedo en la llaga de la guerra incivil, latente cuando no patente en España, invitaba a los españoles a la ‘santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos, que lo tienen ocupado’. ¿Creería de verdad Don Miguel que había muerto Don Quijote? ¿Le contagiaría el absurdo pesimismo antiespañol del 98? ¿O quiso más bien, para dar mayor testimonio de su fe, agrandar la hazaña que nos proponía haciendo pasar por muerte lo que no era más que pasajera postración de puro cansancio?”.

Las preguntas las responde el propio Gallegos Rocafull para concluir con uno de los más vitales y vibrantes homenajes a Cervantes, el de considerarlo la imagen misma de la esperanza, no de las esperanzas, sino de la esperanza, esa virtud cardinal que se pierde antes que la fe aunque sustenta al amor, como su igual.

Me disculpo por volver a citar en extenso, pero se trata de un ensayo tan poco conocido como actual: “Don Quijote, no pudiendo ya contener por más tiempo la

llama de fe que ardía en su pecho, echó afuera su esperanza con este ilusionado grito: ‘Aún hay sol en las bardas’ [...]. También para el pueblo español aún hay sol en las bardas. Volverá a ser dueño de su destino. Y en el mundo resonará otra vez la voz española, la de Don Quijote, pero sobre todo la de su padre don Miguel de Cervantes, lisiado, pobre y viejo, pero tan lleno de vida que aún nos hace estremecer con su mensaje de esperanza”.

El texto de José María Gallegos Rocafull se escribió para el número 5 de la revista *Las Españas*, de 1947, dedicado al cuarto centenario del nacimiento de Cervantes y publicado en México por un grupo de exiliados que quisieron unirse sin importar partidos de origen, regiones o banderías, en una revista que en su nombre lleva una concepción de España que no es aceptada todavía. España no es una, como querían Franco y antes los reyes católicos: es Las Españas. Y no hay una sola fe ni una sola lengua, ni uno es el Quijote porque precisa a Sancho, ni Dulcinea existe sin Aldonza en su interior, con olor a cebolla y arabescas esencias.

Hay mucho que decir de *Las Españas*, como revista, y mucho de Gallegos Rocafull, sacerdote republicano y maestro en la UNAM, a quien rindió homenaje Hugo Hiriart en un artículo tan fino como todo cuanto escribe. Inclusive la sola mención de cuantos escribieron en ese número dedicado a Cervantes —Jarnés, Daniel Tapia, Juan José Domenchina, Juan Gil-Albert, entre otros— rebasaría el espacio de mi perdido Callejón especular y deformante.

Pero ya habrá tiempo de decir más cosas del exilio y *Las Españas* porque, como el hidalgo manchego gritara al despertar, “Aún hay sol en las bardas”. **u**